

# Opinión

DOMINGO

EL TIEMPO - 23 DE JUNIO DE 2019

FUNDADO EL 30 DE ENERO DE 1911

DIRECTOR GENERAL: Roberto Pombo. Gerente General CEET: Juan Guillermo Amaya.

CONTENIDO: Subdirector de Información: Andrés Mompos. Subdirector de Opinión: Ricardo Ávila. Editor Multimedia: Darío Restrepo. Editor Jefe: Ernesto Cortés.

NEGOCIOS: Gerente de EL TIEMPO: Jorge Stellabatti. Gerente de Operaciones: Ubaldo Vidal. Gerente Financiero y USC: David Matoses. Gerente de Publicidad: Jorge Carom.

www.eltiempo.com EL TIEMPO: PBX 2940100 Avenida calle 26 n.º 68B-70, Bogotá. Línea de suscripciones Bogotá: 4266000 - Línea nacional 018000110990. De lunes a viernes, de 6 a. m. a 6 p. m.; sábados y domingos de 6 a. m. a 2 p. m. Línea de servicio al cliente Bogotá: 4266000 Opc. 1-2 - Línea nacional 018000110990. email: servicioalcliente@eltiempo.com Condolencias: PBX 2940100 ext. 5418. 3204900263 - 3213240774. Clasificados: teléfono 4266000. Línea 018000 110 990. Redacción: PBX 2940100. Fax 2940200. Regionales: línea 01 8000 111 077. Publicidad: PBX 2940100 ext. 3150. Avenida Calle 26 n.º 68B - 70, Bogotá Colombia.

©COPYRIGHTS © 2019 CASA EDITORIAL EL TIEMPO S.A. Prohibida su reproducción total o parcial, así como su traducción a cualquier idioma sin autorización escrita de su titular. Reproduction in whole or in part or traslation without written permissions is prohibited. All rights reserved.

@OpinionET

## Editorial

# Movilizaciones desde adentro

Inquieta la tendencia de sus mismos actores a minar la institucionalidad.

Es evidente la tendencia mundial a generar movimientos de opinión por vías distintas a las que hoy brindan los sistemas democráticos. Nuevas causas que convocan militantes valiéndose de tecnologías inexistentes hace apenas diez años; aquellas que se expresan con códigos y lenguajes que dejan perplejos a los tradicionales actores de la política y el poder y son una constante de estos tiempos que corren. Liderazgos como el de la activista ambiental Greta Thunberg, movilizaciones de protesta como la de los 'chalecos amarillos' en Francia, causas como la del #MeToo son ejemplos de lo anterior. Son fuerzas que se gestan en los márgenes del establecimiento y logran sacudirlo con mucha frecuencia.

Esta antesala es para llamar la atención sobre lo singular de un fenómeno que viene tomando bríos en el ambiente político colombiano. Se trata de las distintas iniciativas que hoy se asoman y tienen en común refrendar, con un masivo respaldo popular expresado a través de firmas, marchas y eventuales votos, propuestas de cambio estructural para nuestra democracia.

Hasta este punto podría decirse que Colombia es uno más en sumarse al fenómeno de marras. Pero lo que impide incluir el país en ese paquete es que tales propuestas vienen siendo promovidas y lideradas por personas que ocupan cargos de elección popular dentro de instituciones que conforman el sistema que pretenden, en algunos casos, poner patas arriba.

Este hecho amerita una reflexión que puede comenzar por recordar episodios como el de la séptima papeleta, en 1990. Aquella vez, un movimiento de origen estudiantil promovió la inclusión de una pieza de papel adicional a las autorizadas por la Registraduría para las elecciones de marzo de ese año, con el fin de realizar una asamblea nacional constituyente. La movilización tuvo tal impacto que el Gobierno tomó nota y ordenó a la Organización Electoral el conteo oficial de esta papeleta en las elecciones presidenciales de mayo. Fue un esfuerzo que condujo a la realización de una asamblea constituyente en la cual se elaboró la actual carta política.

Pero, de nuevo, hay que resaltar que este movimiento fue de carácter estudiantil, impulsado por personas sin posibilidad de utilizar los canales que entonces ofrecía la democracia para adelantar reformas. Lo contrario de lo que hoy se observa, cuando son congresistas o jefes de partidos legalmente reconocidos quienes menosprecian el actual aparato democrático para irse en búsqueda de caminos desconocidos y altamente riesgosos. Es una actitud que alarma, pues termina minando, desde adentro, el carácter representativo de nuestra democracia y, en general, su misma legitimidad. Es un comportamiento que se resume en la fórmula de abrazar las reglas de juego únicamente cuando se logran los objetivos y desafiárlas cuando emergen como un obstáculo.

Si se trata de aludir a ejemplos concretos, habría que mencionar las firmas que ha comenzado a recolectar un sector de los militantes del Centro Democrático con el objetivo de impulsar un referendo que pretende, entre otros fines, acabar con la Jurisdicción Especial para la Paz, así como el resurgir del mencionado concepto del Estado de opinión como posible norte de esta colectividad. Lista en la cual también tendría que haber espacio para la iniciativa que así mismo, mediante la recolección de rúbricas, promueve el movimiento Defendamos la Paz con el fin, entre otros, de revivir las curules para las víctimas en el Congreso. Y no se puede pasar por alto la fórmula cada vez más usada por sectores de la oposición de convocar protestas en las calles cuando el mismo sistema democrático deja sin piso una de sus iniciativas. No se trata de entrar a evaluar los méritos de cada una de estas causas, algunos seguramente loables, sino la manera como se intentan promover, y reiteramos, por personas que tienen la responsabilidad de honrar las responsabilidades que atañen a los cargos que ocupan.

Como si nuestra democracia no contara con las vías ni las herramientas para reformarse y subsanar sus falencias sin necesidad de esfuerzos que parecieran querer, dicho coloquialmente, patear el tablero. Es muy peligroso no solo despreciarlos, sino apostarles a alternativas que pueden dejar malherido nada menos que su sistema de frenos y contrapesos, que garantiza el balance de los poderes públicos y, por esta vía, que todos los ciudadanos puedan gozar de sus derechos. Esto no descalifica que la ciudadanía se exprese y ambiente desde las calles, si es necesario, cambios a través de los mecanismos que para ello dispone la Constitución. Pero algo va de esto a la moda de apelar a la vía del apoyo de unas supuestas mayorías y así lograr carta blanca para reformular por completo el orden político y social por medios inéditos. Experimentos semejantes, en otras latitudes y otros momentos de la historia, han terminado muy mal.

editorial@eltiempo.com

## Más amigo



Una propuesta inconveniente  
Germán Vargas Lleras

La preocupación por el aumento del desempleo a niveles que superan los dos dígitos y a la propuesta populista que denunció la semana pasada de reducir los aportes de los pensionados a la salud del 12 al 4 %, cuyo costo ascendería a 3,4 billones de pesos anuales, se suma ahora la iniciativa del Centro Democrático de establecer una nueva prima para los trabajadores que devenguen hasta tres salarios mínimos. Ya habíamos conocido esta polémica propuesta en medio del debate sobre el incremento del salario mínimo a finales del año pasado, pero los empresarios y el país en su conjunto creyeron superada esta discusión y aplaudieron el acuerdo conseguido con los centrales de trabajadores y que arrojó como resultado un incremento del 6 % en el salario mínimo, que recogía mejoras en la productividad multifactorial estimadas en 0,52 % y 1,69 % en productividad laboral.

El debate en torno al salario mínimo, su naturaleza y su impacto en la productividad del país, en la generación de empleo y aun en las cuentas fiscales es de profundo calado. En Colombia, el salario mínimo representa aproximadamente el 86 % del salario medio de la economía, mientras que en Europa, este indicador está entre un 40 y un 45 % y en Estados Unidos es menos del 40 %. Teóricos y analistas coinciden en señalar que un salario mínimo tan alto con relación a los salarios que una economía está en condiciones

de generar se convierte en una limitación para la creación de nuevos empleos e incentiva el empleo informal. Si no fuera así, cómo explicar que desde el año 2000, el salario mínimo en Colombia se ha incrementado en un 35 % en términos reales, mientras que la productividad laboral ha tenido un crecimiento muy bajo. Este debate en nuestro país, por iniciativas como la de la prima mencionada, está pasando de lo político a lo politiquero, y más aún si se toma en cuenta que tendremos elecciones en octubre.

No les falta razón a quienes dicen que el salario mínimo en Colombia es bajo y que una familia difícilmente podría vivir con este nivel de remuneración. Pero esta es una mirada simplista, un discurso para la galería y que esconde grave peligro para nuestra maltrecha economía. Porque el nivel del salario debe estar en función de su productividad, es decir que debe reflejar el aporte de un trabajador al valor de la producción que este genera con su esfuerzo. De no ser así, es evi-

dente que las empresas incrementarían sus costos y, en consecuencia, preferirían no emplear, como ocurre en Colombia.

Como respuesta a esta situación, las personas optan por trabajos informales porque no tienen alternativa. En ese afán de la política pública por "mejorar el nivel de vida de los trabajadores", en vez de preocuparse por elevar los niveles de productividad se ha cometido por siempre el grave error de seguir propiciando la informalidad. Además, se agravan los problemas de sostenibilidad fiscal, pues gran parte de la economía y de la fuerza laboral no contribuye a la financiación del Estado y de la seguridad social, y se estima que esta prima tendría un impacto directo superior a 200.000 millones de pesos, solo por la nómina oficial del sector central.

Señores ministros: tan importante es proponer iniciativas al Congreso como estar alertas para evitar que prosperen proyectos tan controvertidos como estos y ocurra lo que presenciamos en este final de legislatura.

La propuesta del Centro Democrático no solo es un pésimo antecedente de injerencia del órgano legislativo en el manejo de la economía y sus principales variables y políticas, sino que conducirá inexorablemente a destruir aún más empleo formal en momentos en que nuestro país está sometido a la enorme presión de los ciudadanos venezolanos en busca de fuentes de trabajo. Congresistas del Centro Democrático, no más fuego amigo, por favor.

FRASE DE LA SEMANA "No es que yo haya retenido el proyecto esperando las actas y mamando gallo".

Alejandro Chacón se defiende de señalamientos por hundimiento del estatuto anticorrupción.

## Entre el populismo y la responsabilidad

Este es el principal dilema que enfrentan algunos congresistas frente a un gobierno que ha decidido romper las prácticas que toda la sociedad ha criticado durante los últimos años. Si alguna promesa de campaña tuvo acogida entre los colombianos, fue la del candidato Iván Duque cuando prometió cambiar la relación del Ejecutivo con el Congreso, basándose en discusiones sobre los temas relevantes para el país, en forma transparente, en la búsqueda del bienestar general y la independencia de poderes.

¿Estará el Congreso a la altura de este desafío? ¿O buscará demostrar que tiene la fuerza para tomar decisiones que le sirvan en lo electoral, sin importar sus consecuencias, al tiempo que se afectan el país y la capacidad del Gobierno de hacer nuevas propuestas y reformas estructurales necesarias en estos tiempos?

Somos una democracia representativa, y como ciudadanos tenemos la responsabilidad y la oportunidad de aportar y exigir cambios trascendentales. Sin embargo, no ejercemos nuestra ciudadanía con responsabilidad: ¿elegimos con conciencia? ¿Exigimos transparencia? ¿Castigamos en las urnas cuando actúan mal?

El Congreso está a prueba en muchos sentidos, especialmente en su capacidad de dar debates con responsabilidad y, por supuesto, en su capacidad de ejercer sin responder a incentivos clientelistas, o 'mermelada'. Los ciudadanos también estamos a prueba: nosotros los elegimos.

Por ejemplo, debemos exigir respeto con el país en sus debates. Hacerles entender que ninguno de ellos es por derecho propio congresista y que, por lo tanto, está allí solo para atender los intereses comunes.

El Congreso no tiene la obligación de convertirse en una corte de elogios para el Gobierno, ni siquiera el partido de gobierno la tiene. En cambio, sí debe estudiar todas las propuestas que le sean presentadas para el beneficio del país, con juicio,



El Congreso  
Bruce Mac Master

profundidad y responsabilidad. Obligación, incluso, de los partidos que se declaren en la oposición.

Ya lo decía James Robinson, autor de *¿Por qué fracasan las naciones?*, en un foro de la Andi el año pasado: son muchos los retos que tiene Colombia, pero, sin duda, el más importante y complejo es superar el clientelismo como regla general del funcionamiento de la política. ¿Pero la ausencia de clientelismo nos condenará al caos?

La forma como se dio el trámite del **Plan Nacional de Desarrollo (PND)**, que casi se hunde en primer debate; el de la llamada 'prima para canasta familiar', cuyos efectos en desempleo, informalidad y competitividad son imposibles de ignorar, o el de la ley anticorrupción nos dejan un muy mal sabor: vimos un Congreso que tramitaba intereses particulares, ignorando la constitucionalidad o la sostenibilidad de sus decisiones, o el clamor de un país que no soporta más corrupción. Lo vimos tomando decisiones que sustituyen claramente las competencias del Poder Ejecutivo, ampliamente advertidas, y vimos también a congresistas que retaban al Gobierno a tomar decisiones administrativas "o de lo contrario serían incluidas en el PND".

El populismo parlamentario, entendido como la promulgación de leyes que dan votos, sin importar las consecuencias o la sostenibilidad de las decisiones, es una gran amenaza para cualquier sociedad. No solo engaña a quienes pretenden favorecer, por ser decisiones insostenibles y con información parcial o manipulada, sino que, por lo mismo, es irresponsable.

Esta última legislatura levanta muchas alertas. ¿Será esta la regla hacia el futuro? ¿Estamos ad portas de un periodo de populismo como estrategia generalizada? Si es así, llevaríamos la democracia y la sociedad por un camino muy peligroso y de difícil retorno. ¿Podrá un alto en el camino alrededor de un pacto político nacional salvarnos de ello?

@BruceMacMaster